

# MATÍAS Y LOS IMPOSIBLES

Santiago Roncagliolo

Ilustraciones de Ulises Wensell

 Siruela

Las Tres Edades

*Para mis amigos del T4,  
porque somos unos niños  
cada vez más grandes,  
y ustedes saben por qué más*

Se llamaba Matías y era feo. ¿Tú has visto a alguien muy feo en la vida? Imagina a la persona más fea que hayas visto. Pues Matías, mucho más. Tenía unas orejotas puntiagudas y era muy bajito y narigón, y sus gafas eran tan gordas que sus ojos se veían chiquititos ahí dentro, como dos huecos de nariz.

Ya sabes cómo es el colegio. Todos los chicos contaban chistes sobre Matías. Y aunque él era muy tímido, esto no le preocupaba demasiado. Soportaba bien los apodosos y las burlas, a veces incluso con una sonrisa. No le molestaba ser tan feíto, pero se sentía un poco solo, porque todos preferían ser amigos de los

chicos más guapos, los que mejor jugaban al fútbol, los más divertidos. Y él era tan tímido..., y jugaba tan mal al fútbol...

Después de todo esto, a Matías no le quedaba más remedio que ser estudioso. Le gustaba leer y aprender cosas. Pero sobre todo le encantaba escuchar historias. Algunas noches, cuando se sentía triste, su abuelo le contaba cuentos, siempre con los mismos personajes: el príncipe Guillermo, el brujo Gorgon y el hada Luz. El príncipe era muy guapo, pero el envidioso Gorgon lo convertía siempre en sapo, en murciélago, en examen de matemáticas y en otras cosas horribles. Entonces aparecía el hada Luz y lo salvaba. Y juntos derrotaban al brujo.

Las historias siempre eran parecidas, pero a Matías le gustaban, porque le hacían olvidar la realidad. En el mundo de Guillermo y Gorgon, todo terminaba siempre bien, y nadie se burlaba de nadie, y nadie tenía que jugar al fútbol si no quería. Ese era el mundo en el que quería vivir.

El abuelo era genial. Además de contar las historias, ponía música y bailaba con la escoba. Cazaba lagartijas y mariposas con una red solo para mirarlas, y luego las soltaba en el río del pueblo. Cocinaba fatal, eso sí. Su plato más exquisito era arroz seco con pedazos de tomate crudo. Pero hasta eso era divertido. Matías siempre había vivido con él, y aunque veía que los demás chicos tenían padres y madres, nunca sintió que le faltase nada.

Hasta que una mañana, en el colegio, un chico le preguntó a Matías:

—Oye, ¿y dónde están tus padres?

—No sé —respondió Matías.

—¿No tienes padres? —dijo otro—. Todo el mundo tiene padres.

—¡Yo también tengo! —se enojó Matías—. Solo que no sé dónde están.

—¿Y cómo son?

Matías no supo qué decir. O sea, sabía que sus padres debían de andar por alguna parte, pero, la verdad, nunca los había visto. Desde que recordaba el mundo, la única familia que

había visto era él y su abuelo, y eso siempre había sido suficiente.

—¿No sabes cómo son? —insistió otro de los chicos.

—...

—Seguro que son muy feos —dijo otro, y todos se rieron.

—Como Matías era tan feo al nacer, lo dejaron por ahí tirado —dijo otro más.

Todos se volvieron a reír, pero Matías no le vio ninguna gracia a ese asunto.

Así que esa tarde, al llegar a casa, cerró la puerta de su cuarto, se metió en el armario, se cubrió con las mantas de la cama y decidió que no saldría de ahí nunca más.

El abuelo llamó a la puerta a las 6:17.

—Te he preparado una deliciosa lechuga con mostaza —dijo.

—¡No quiero!

Volvió a llamar a su puerta a las 7:31.

—Voy a poner música. ¿Quieres bailar con la escoba?

—¡No!

Volvió a llamar a la puerta a las 8:53.

—Me aburro. ¿Vamos a cazar lagartijas al río?

—¡Fuera! —gritó Matías, pero luego pensó que era el momento de hacerle algunas preguntas al abuelo.

Se quitó las mantas de encima, abrió la puerta del armario y salió de la habitación. El abuelo estaba de pie en el pasillo, con su equipo para cazar lagartijas, su escoba de bailar y varias manchas de mostaza en la camisa. Matías se quedó en el umbral de su dormitorio. Uno en cada extremo del comedor, parecían dos vaqueros en un duelo.

—¿Dónde están mis padres? —le soltó Matías.

El abuelo pensó un rato antes de responder:

—No tengo ni idea.

—¿Por qué nunca los he visto?

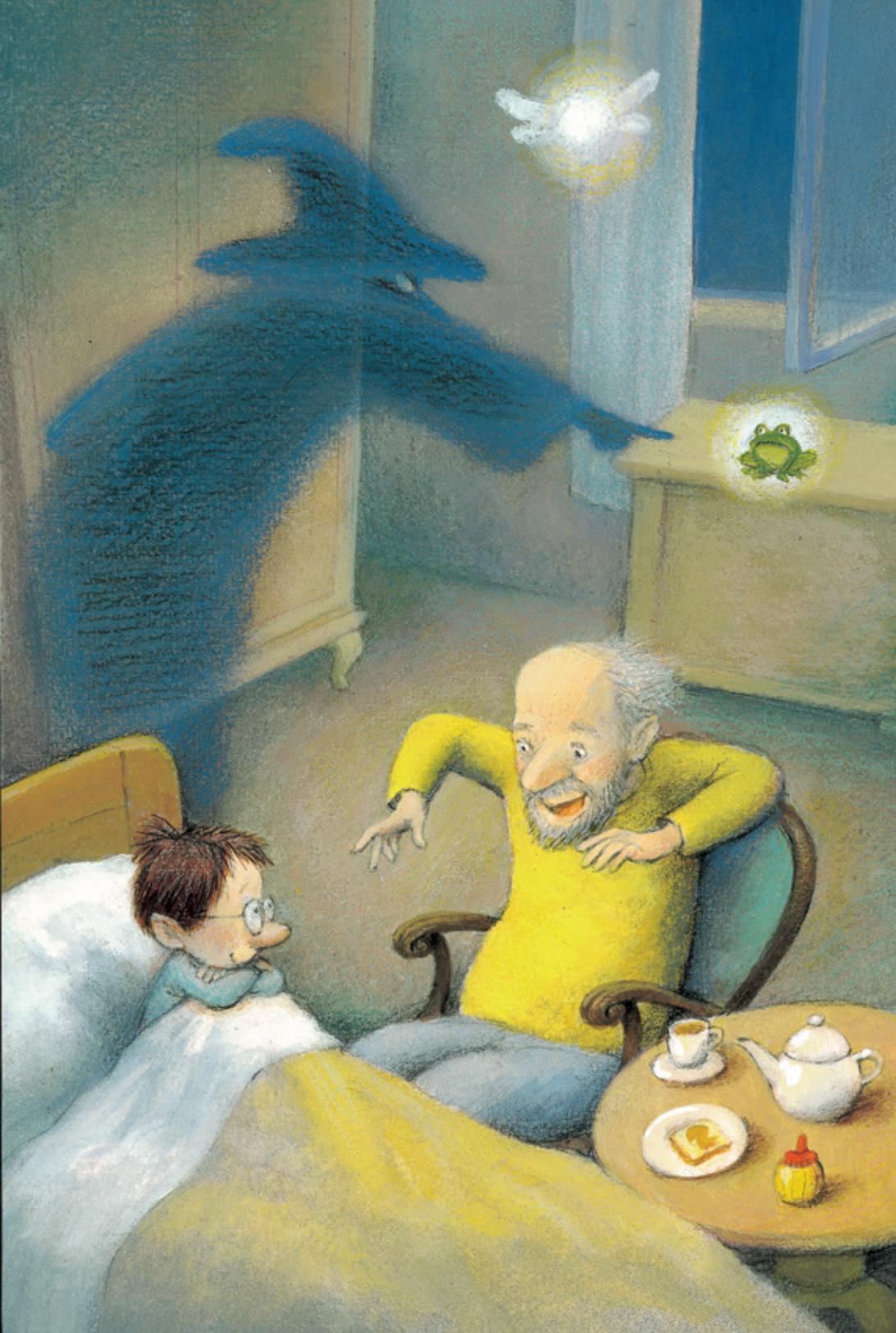
—Porque no están aquí.

—¿Y por qué? ¿No me quieren? ¿Murieron? ¿Se aburrieron de mí?

A Matías le habría gustado recordar el mo-

mento de su nacimiento. ¿Tú recuerdas el tuyo? Si lo recuerdas, eres muy afortunado. Pero nadie lo recuerda, quizá porque en la barriga de las madres, uno está calentito, abrigado y bien alimentado. Y cuando nacemos, hace frío y nos empujan y todo es muy confuso. Así que estamos tan ocupados gritando y llorando que no se nos ocurre mirar alrededor. Algunas personas se quedan así para siempre. El caso es que el abuelo se dio cuenta de lo mal que lo estaba pasando Matías, porque no recordaba ni su nacimiento ni a sus padres, y decidió contarle el siguiente cuento:

Resulta que un día el príncipe Guillermo salió a cazar. No, mejor... salió a la guerra... No, tampoco. Ya sé. Salió a buscar la planta de la felicidad. Era como una planta cualquiera, pero de la felicidad. O sea, si la hervías y tomabas una infusión de eso, eras automáticamente feliz para el resto de tu vida. Pero la planta solo crecía en la punta de la montaña de Lejor, más



allá de la Cordillera Negra. El príncipe, que era muy bueno, decidió traerla y preparar una gigantesca tetera para todo el reino.

Pero el brujo Gorgon no quería que cumpliera la misión; si todo el mundo era feliz, él no sabría cómo fastidiar a la gente, porque cuando uno es feliz no se preocupa por tontearías como estar hechizado o haberse convertido en sopa de col. Es feliz, sin más. Así que el brujo se disfrazó de vendedora de especias y se sentó al borde del camino a esperar que pasara el príncipe.

—¿Me compra algo? —le preguntó al verlo—. Tengo té de la felicidad.

—Oh —dijo el príncipe—, pensé que la planta solo crecía en la punta de la montaña de Lejor.

—Sí, pero yo tengo un pequeño comercio de té. Ahora yo la envaso y la vendo.

—Ya, pero como soy un príncipe tengo que ir hasta la montaña y vivir aventuras para conseguirla. Siempre es así.

—Pero es que yo he comprado toda la plan-

tación. Si coges algo en Lejor, puedo denunciarte por robo y competencia desleal.

—Bueno, pues te compro lo que tengas —dijo el príncipe, que era muy bueno, pero no muy inteligente—. Debo darle té a todo el pueblo.

Así que le compró a Gorgon varios costales de un té negro y espeso, y regresó cabalgando por el camino, encantado con lo fácil que había resultado la misión.

De vuelta al reino, el príncipe organizó la fiesta del té de la felicidad en la plaza principal y todos sus súbditos bebieron en medio de una gran ceremonia, para celebrar que ya nunca más tendrían problemas ni se molestarían por nada. El té tenía un sabor bastante desagradable, pero todos, incluso el príncipe, pensaron que valía la pena beberlo porque sus efectos siempre perdurarían.

Y sin embargo, al terminar de beber, todo el mundo se puso furioso. Los soldados empezaron a pelearse entre ellos, los habitantes del reino se quejaron del sabor del té y de la hora

de la ceremonia y el príncipe se enojó porque le parecían todos unos desagradecidos.

Pero la cosa no acabó ahí. Pasaron los días y todo el mundo siguió de pésimo humor: que si querían un reino más grande, que si el sol se ponía demasiado pronto tras las montañas, que si los impuestos... El príncipe era tan bueno que había prohibido los impuestos, pero ahora todo el mundo estaba furioso porque querían que él les pagase impuestos a todos.

Inmediatamente, Gorgon apareció en la ciudad vendiendo todo tipo de hechizos domésticos: con unos polvitos mágicos, podías hacer que ese vecino tan antipático tuviese una enfermedad, o que se muriese su gato, o que pelease con sus amigos. Como todo el mundo estaba de tan mal humor, el negocio era un éxito. Todos tenían alguien a quien fastidiar, y Gorgon estaba haciéndose rico.

Pero también el príncipe andaba de mal humor. De tan mal humor que decidió cobrar impuestos y subirlos y volverlos a subir. Para que

se enteren. Y mandó a su séquito a recaudar los impuestos, pero hasta los soldados estaban tan amargados que ninguno le hizo caso. Le dijeron:

—¿Por qué no vas a cobrar los impuestos tú mismo? ¿Quién te crees que eres?

En fin, que la cosa se estaba poniendo muy mal, muy mal, cuando apareció el hada Luz.

Luz y el príncipe eran amigos de toda la vida. A Luz le gustaba aparecer revoloteando rápidamente alrededor de su cabeza, como una mariposa, y entonces él reía y ella se materializaba. Pero esta vez, empezó a revolotearle por la cabeza y el príncipe la estampó contra la pared con un matamoscas.

—Pero ¿qué te pasa? —le dijo ella desde el suelo.

—¿Qué te pasa a ti? ¿Te parece que esta es manera de presentarte, asustándome así?

—Pues antes te gustaba.

—Pues ya no me gusta. Además, estoy furioso contigo.

—¿Por qué?